

Reseña bibliográfica

Caimari, Lila. 2017. *La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia*. Buenos Aires: Siglo XXI. 143 páginas.

Esteban Lidgett*

Universidad de Buenos Aires

La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia puede leerse globalmente como una compilación de ensayos que, si bien desde diferentes perspectivas y atendiendo a problemáticas disímiles, encuentran un hilo conductor en lo que podríamos llamar “la cocina del trabajo de archivo”. Acaso sea precisamente el hecho de reflexionar sobre los problemas habituales de quienes trabajamos con archivos lo que justifica su reseña en este espacio, más bien dedicado a las publicaciones que interesan al campo de la historiografía lingüística. En efecto, el libro de Caimari, que como veremos oscila constantemente entre la reflexión metodológica, el comentario crítico y el relato autobiográfico, no deja de ser una lectura sugestiva para quienquiera que se haya adentrado alguna vez en la investigación histórica, sin importar cuál sea su disciplina.

El texto se abre con un primer apartado, titulado “Materias primas y experiencia de la historia”, que puede leerse como una introducción. Allí Caimari se ocupa de señalar el carácter heterogéneo de su libro, formado por textos que “fueron escritos a lo largo de varios años, siguiendo impulsos y consignas diferentes”, aunque todos “vinculados a preguntas sobre la investigación” (16). Preguntas que interpelan la labor del historiador en general, pero que se formulan no como grandes problemas metodológicos, sino como reflexiones sobre el trabajo individual, sobre aquellas incertidumbres propias del trabajo del investigador, que no por ser anecdóticas dejan de tener un carácter universal. En ese sentido, el hilo conductor que cohesionan los diversos artículos es la crónica de la investigación, una crónica que se detiene, como expresa su autora, en “el momento más ‘sucio’ (menos brillante) del trabajo de la historia, el de la recolección y azarosa construcción del archivo propio” (15). Lo que se busca, a partir de allí, es precisamente poner en escena “los rastros de la experiencia de investigación”,

[...] lo que pasa en el contacto con los materiales; la manera en que esa experiencia se mezcla, contamina y transforma; los procesos largos de reflexión y jerarquización, y su porosidad a tantas influencias: la lectura, el intercambio de ideas, experiencias que conviven con el proyecto, etc. (15)

Uno de los aspectos más destacables de los artículos que componen el volumen es la diversidad de registros que asume la voz de la autora: “son variaciones entre la reflexión ensayística, la narrativa más o menos analítica, la bitácora de trabajo, la crónica y el diario semificcionalizado”, comenta Caimari, quien considera “sus notas” como “escapadas” de las reglas de escritura que dominan el trabajo académico (18). En efecto, el texto deja de lado el emisor impersonal, el narrador omnisciente y el estilo objetivo y pone en el centro de la escena la voz de una narradora que es protagonista de su experiencia personal. Se abandona, así, la explicitación argumental rigurosa a favor de los sobreentendidos y los lenguajes de la proximidad que comparten quienes desarrollan el quehacer historiador en los archivos. De esta forma, en las vacilaciones íntimas frente a los problemas específicos que suscita la labor

* Correspondencia con el autor: elidgett@filo.uba.ar.

cotidiana del archivo, en las reflexiones personales acerca de la construcción de una investigación particular, en los relatos anecdóticos que hilvanan escenas de la vida académica se exhiben con claridad, acaso con una minuciosidad que el registro académico descartaría por subjetiva, las complejidades que configuran la vida en el archivo.

Entre estos diversos registros, y en paralelo a los tópicos centrales de cada uno de los capítulos, se prefiguran algunos temas puntuales que dan continuidad temática al volumen. Entre ellos puede mencionarse, quizás con mayor centralidad que otros tópicos, el que la autora enuncia como el pasaje de una economía de la escasez a una de la sobreabundancia documental, como consecuencia de la revolución tecnológica digital. También se abordan reflexiones acerca de la situación de las bibliotecas y los archivos en la Argentina, donde existe una deuda institucional, normativa y presupuestaria con relación a esos ámbitos, que sin duda condiciona la labor del investigador. La reflexión autobiográfica también le permite a la autora esgrimir una lectura retrospectiva sobre su propia investigación, sobre los condicionamientos para la elección del objeto de estudio, sus desplazamientos o el peso de las modas teóricas sobre la escritura personal.

El capítulo titulado “Entre el panóptico y el pantano. Avatares de una historia de la prisión argentina”, es buen ejemplo de esto último. Se trata de un relato personal sobre la investigación de Caimari acerca de la historia de la prisión argentina; tema que, según refiere, decide abordar tras finalizar su tesis doctoral sobre la historia política de las relaciones entre el peronismo y la Iglesia. En este caso, la biografía personal es el punto de partida para una serie de reflexiones teóricas, metodológicas y propiamente historiográficas, sobre la historia del castigo en la Argentina. Como durante la mayor parte del libro, el hilo conductor del capítulo no es el contenido teórico, sino la reflexión metateórica que nace del intento de explicar el origen de la investigación: cómo se llegó a ella, cómo se da la transición entre un tema de investigación y otro, cuáles eran las preguntas que despertaban la curiosidad intelectual necesaria para emprender una nueva pesquisa, cuáles las que hasta ese momento no tenían respuesta certeras. En paralelo a estas inquietudes se desarrolla también la narración histórica respecto del origen del sistema carcelario y el comentario crítico sobre un marco teórico conceptual, dominado entonces por la teoría del control social que Foucault había esgrimido en *Vigilar y castigar*. Algunos de los interrogantes que surgen de la mirada retrospectiva sobre su propia labor profesional se convierten, así, en reflexiones generales sobre problemas que hacen a la labor historiográfica. Por ejemplo, cómo resolver las contradicciones entre la evidencia histórica y los supuestos sobre los que se elaboran los algunos modelos teóricos dominantes; o de qué forma el peso de la demanda externa (de los proyectos en que uno se ve involucrado, de la necesidad de insertarse en ámbitos académicos, etc.) incide sobre las decisiones de investigación; o, finalmente, cómo se define el registro de las preguntas con las que se quiere interrogar al archivo.

El capítulo siguiente, titulado “Escenas del archivo policial”, en contraste con el anterior, exhibe un registro más cercano al diario personal, acaso a la recreación ficcional de la experiencia vivida. El tema central en este caso son las complicaciones que caracterizan al trabajo en archivos, particularmente en el caso de los repositorios institucionales vinculados a la historia criminal, ámbito en el que Caimari desarrolló su investigación. “Regla de oro: nunca pelearse con el archivero” (55). Así comienza este capítulo que narra la experiencia personal en la consulta de un archivo policial, para cuyo acceso se requiere de ciertas estrategias que involucran desde la relación personal con el archivero hasta una sucesión desgastante de trámites burocráticos para lograr autorizaciones de acceso. Nuevamente en este caso, la anécdota personal no busca decantar en algo así como “recetas para historiadores”, sino que pretende poner en escena los hechos azarosos de los que muchas veces depende toda una investigación.

En “Archivo del crimen y giro digital” la autora vuelve al registro ensayístico para reflexionar sobre dos situaciones clave del trabajo en archivo: los dilemas de acceso al material y los nuevos inconvenientes suscitados por el crecimiento exponencial de la base empírica disponible gracias a las nuevas tecnologías; y se interroga sobre algunos efectos de la incorporación de la tecnología digital al quehacer del investigador. En relación con esto, Caimari señala que a la tradicional imagen del “investigador detective”, característica del trabajo con archivo material, hay que oponerle, en la actualidad, la del investigador abrumado por la documentación; una figura que ha tomado mayor impulso como consecuencia del crecimiento exponencial de la base empírica, como resultado del acceso irrestricto a archivos digitales. En ese sentido, como señala acertadamente la autora, la digitalización marca una saludable tendencia a minimizar el acceso al archivo como valor en sí. La cultura del archivo propio, “obtenido por el esfuerzo personal y guardado bajo siete llaves” ha comenzado a erosionarse gracias a la irrupción de los repositorios digitales abiertos: “Nos guste o no, la solución al problemático acceso a los archivos materiales está surgiendo menos del (indispensable) *aggiornamento* de los marcos normativos o de la (igualmente indispensable) reforma de los hábitos del Estado y la sociedad, que de la iniciativas de digitalización en serie de actores muy diversos” (76).

Como ejemplo de este fenómeno, señala el de la revista porteña *Sherlock Holmes*, una publicación sobre casos policiales de principios del siglo XX:

Luego de varios años de frustraciones en las bibliotecas correspondientes, y gracias a esa mezcla de suerte, tozudez y favores personales que acompañan a estas búsquedas, el equipo de trabajo al que pertenezco logró armar una serie casi completa de la publicación, que fue digitalizada y puesta a disposición de los interesados. [...] En pocos meses, la circulación de *Sherlock Homes* desbordó los límites de los proyectos que habían impulsado su búsqueda para convertirse en la base de estudios sobre temas en franjas más y más alejadas, como el lunfardo, el anarquismo o los orígenes de la novela policial argentina. (78)

El caso es emblemático de algunas de las consecuencias positivas que se desprenden de la expansión de la circulación de los documentos (gracias al desarrollo tecnológico, pero también, huelga decirlo, a las decisiones institucionales que favorecen la apertura de los repositorios digitales) y de la consecuente morigeración de la importancia del archivo privado. Este tipo de emprendimientos, impulsados también a mayor escala por bibliotecas nacionales y archivos institucionales, conlleva, como bien señala la autora, efectos concretos sobre el direccionamiento de la producción historiográfica. Así, por caso, la digitalización de la colección completa del *magazine* ilustrado *Caras y Caretas* (1898-1939) por parte de la Biblioteca Nacional de España, como explica Caimari, produjo la multiplicación de esta fuente en la producción historiográfica argentina; circunstancia que no solo es atribuible a la facilidad de acceso que promueve el archivo digital en línea, sino también a la eficiencia de los buscadores por palabra, que contribuye en gran medida a facilitar la tarea del investigador. La “nueva economía documental”, sin embargo, también ha producido efectos no tan positivos, como perspicazmente observa Caimari: “los sistemas de búsqueda, por ejemplo, están guiados por sesgos imperceptibles que llevan a ver y no ver, a tomar ciertos caminos y descartar otros, todo ello en cadenas de decisiones que son poco menos que automáticas” (80). En ese sentido, la autora señala que el acceso rápido y sencillo a ciertos universos documentales exige que “se tenga conciencia de lo que queda por fuera de esa extraordinaria novedad” (81). Con todo, el balance parece estar a favor de la expansión y apertura de los archivos; situación que, aunque cargue con consecuencias negativas, es ya ineludible y, por lo

tanto, exigirá que se integre entre las competencias de los investigadores la reflexión metodológica necesaria para tener conciencia de sus límites.

Los capítulos restantes, “Fugas”, “Beaubourg y Sciences Po”, “Partículas”, “Todos los nombres” y “Diario de la hemeroteca” vuelven a esbozar algunos de estos problemas, desde la ya aludida multiplicidad de estilos, y en paralelo al desarrollo de diversas situaciones autobiográficas. En suma, a partir de un registro híbrido, que oscila entre la crónica y el ensayo, *La vida en el archivo* propone una mirada sobre la investigación histórica, con el propósito de exponer, sin pretensiones de sistematicidad académica, una serie de reflexiones acerca de la labor historiográfica que, en su conjunto, a la manera de las pinturas impresionistas, logra definir una imagen precisa sobre los avatares del trabajo en (y con) el archivo.